

DOSIER

La diferencia entre el tiempo indiviso y eterno y el tiempo de larga dominación desde la perspectiva de San Agustín

The difference between indivisible and eternal time and the time of long dominion from the perspective of Saint Augustine

Rodolfo Bernal Escalante
Universidad Autónoma de Aguascalientes
rodolfo.bernal@edu.uaa.mx

Recepción: 08/12/2025 – Aprobación: 19/03/2026
DOI.

Resumen

El artículo aborda el tema del tiempo a partir de la preocupación del ser humano cuando su vida se le está agotando, y es cuando se pregunta si va a terminar su tiempo para siempre con esta vida o si existe la posibilidad de que acceda a la eternidad. Para poder entender la diferencia entre el tiempo presente y la eternidad se recurre a san Agustín, uno de los pensadores que más profundamente se ha involucrado en este tema y que no lo estudió de manera abstracta sino desde la perspectiva humana. San Agustín realiza su estudio del tiempo dividiéndolo en un tiempo llamado "precósmico" o de la "creación antes de la creación", en el cual se encuentra la jerarquía celestial en donde Lucifer se rebela contra Dios y seduce a la tercera parte de ángeles, provocando de esta manera el origen del mal. Por otra parte, habla del "tiempo presente" que inicia a partir de la creación del universo. En este plano del tiempo se lleva a cabo la seducción y la caída de Adán y Eva y su expulsión del paraíso, y También es el tiempo en que es enviado el mesías para salvar a la humanidad del pecado original y salvarla y restituirla de nueva cuenta al paraíso perdido.

Palabras clave: San Agustín, Tiempo Indiviso o Eterno, Tiempo de Larga Dominación, Mal, Paraíso perdido.

Abstract

The article explores the theme of time through the human concern that arises when one's life is drawing to a close, prompting the question of whether one's time will end forever with this life, or whether there is a possibility of attaining eternity. To understand the difference between the present time and eternity, we turn to St Augustine, one of the thinkers who has explored this subject most deeply, studying it not in an abstract manner but from a human perspective. St Augustine conducts

his study of time by dividing it into a period known as 'pre-cosmic' or 'creation before creation', in which the celestial hierarchy is situated and where Lucifer rebels against God and seduces a third of the angels, thereby bringing about the origin of evil. On the other hand, he speaks of the 'present time' which begins with the creation of the universe. It is in this phase of time that the seduction and fall of Adam and Eve and their expulsion from paradise take place, and it is also the time when the Messiah is sent to save humanity from original sin and to restore it once more to the lost paradise.

Key words: Saint Augustine, Undivided or Eternal Time, Time of Long Dominion, Evil, Paradise Lost.

1. Tiempo, tiempo, tiempo...

¿En qué momento se empieza a pensar más profundamente en Dios? Por lo general es cuando nuestro tiempo de vida se va agotando y cada vez nos acercamos más a la muerte, al término del tiempo de nuestra vida; cuando estamos en la etapa de la niñez o nos encontramos en la flor de la juventud, sabemos que algún día muy, muy lejano..., nos llegará la muerte, pero mientras tanto, creemos que tenemos todo el tiempo del mundo por delante, pero conforme van pasando los años y comenzamos a envejecer, uno de los pensamientos más recurrentes es el de Dios.

Pensar en Dios: ¿por qué? ¿A qué exigencia corresponde el pensamiento de Dios? ¿Y cómo surge tal exigencia? ¿De dónde viene? [...] De la experiencia de nuestra finitud. Nuestra, y de todas las cosas. Porque lo que caracteriza esta nuestra experiencia es que nuestra finitud se propaga por todas las cosas. (Vitiello, 1999: 17).

Esto implica que cuando se empieza a pensar más frecuentemente en Dios, no siempre es por amor a Él, sino por temor a la propia muerte, a la finitud, al final de

todo. Esto significa que nos preocupamos más por nosotros mismos, de manera egoísta y mezquina, que por el propio Dios. Además, nos angustia y aterra el no saber lo que nos espera, lo que está más allá del fin del tiempo y la muerte.

Las reflexiones ante la vida, las diversas interrogantes que nos planteamos frente a la existencia, el sentido de ésta, el sentido del sufrimiento, del mal, de la vida y la muerte, del universo, son indagaciones de índole personal, pero que, difícilmente, con nuestras simples capacidades intelectuales, no somos aptos, ni siquiera del saber plantearnos correctamente estas preguntas.

Volviendo de nueva cuenta al problema del tiempo, cuando nos planteamos a esta pregunta e intentamos alcanzar una respuesta, afortunadamente podemos recurrir a uno de los grandes pensadores de la historia de Occidente, que abordó de una manera profunda y magistral esta interrogante sobre el Tiempo, nos estamos refiriendo, obviamente, a san Agustín, quien además, también es uno de los pensadores que más ha aportado para tratar de entender el problema del Mal. Bajo la guía del obispo de Hipona, tal vez, al final de este escrito, podríamos tener una noción de lo que es el Tiempo. ¿Por qué recurrir a san Agustín y no a otros filósofos o teólogos, como pudiera ser Platón, para tratar de responder a la interrogante acerca de lo que es el tiempo? Las razones de la elección son las siguientes:

La personalidad de Aurelio Agustín nos es mucho mejor conocida que la de cualquier otro autor de la antigüedad porque escribió la primera autobiografía, las famosas *Confesiones*. Además, su amigo íntimo Posidio en su obra *Vida de Agustín*, nos ofrece detalles importantes que Agustín no nos da en su obra. Con base a estas dos obras podemos reconstruir la vida de nuestro autor y descubrir que fue un hombre fuera de serie, tanto en su vida como en su obra, ya que se le descubre como un auténtico buscador de la verdad y de la felicidad del hombre. (San Agustín, 1988: 10).

Así pues, una de las grandes ventajas por las cuales elegimos guiarnos por san Agustín se debe, aparte de lo mencionado anteriormente, a que sus obras no son tratados impersonales excesivamente abstractos (con perdón de todos, como la *Metafísica* de Aristóteles), sino que él escribe de manera autobiográfica, de tal manera que cuando se leen sus obras, pareciera que éste se encuentra detrás de nuestro hombre guiándonos a lo largo del discurrir de las páginas de sus textos. Esto se debe

a que la investigación teológica deja de ser para él meramente objetiva, como es el caso de las grandes personalidades de la patrística griega, para tornarse más íntima y adecuarse al hombre que la lleva a cabo.

El problema teológico es en San Agustín el problema del *hombre* Agustín: el problema de su dispersión y de su inquietud, el problema de su crisis y de su redención, el problema de su razón especulativa y de su obra de obispo. Lo que Agustín dio a los otros es lo que ha conquistado para sí mismo. (Muñoz Alonso, et. al, 1988: 373).

De acuerdo con lo que nos narra en sus *Confesiones*, él estaba profundamente, impactado e impresionado por todo el mal, el sufrimiento y la miseria que se encuentra disperso para dondequiera que se mire, en este mundo. De Ahí surgió su afán por la búsqueda de la verdad, por tratar de comprender por qué existe el mal y por qué un Dios que es todo bondad, todo amor, toda misericordia, que es omnisapiente omnipotente y omnicomprendivo, permite que sus criaturas experimenten toda clase de males, sufrimientos y miserias.

En su juventud, un tanto orientado por la influencia de un padre pagano y de una madre cristiana, cuando radicó en Cartago, se entregó a una vida disipada y disoluta, sus pasiones eran el teatro, el amor y el estudio. En esta ciudad se dejó llevar por la pasión y la sensualidad, conoció y entabló una relación de concubinato con Flora (también llamada Melania; aunque En todas las obras consultadas, el nombre de esta joven concubina de san Agustín, se afirma que es desconocido.), una joven de baja condición social, con la cual convivió durante doce años, con quien tuvo un hijo, al que nombró Adeodato (Regalo de Dios). Agustín tuvo la dolorosa experiencia de ver morir a su hijo cuando éste contaba con dieciocho años.

Al no encontrar respuesta a sus sufrimientos, emprende la búsqueda de la verdad:

En la búsqueda de la verdad, y más inclinado al racionalismo y al naturalismo, entró en la secta de los maniqueos, quienes pretendían una síntesis doctrinal entre el cristianismo y el dualismo persa de los dos principios: el del bien y el del mal. San Agustín ingresó con ellos creyendo encontrar solución a los problemas que en este momento inquietaban su espíritu, principalmente el problema del mal. [...] permaneció en el maniqueísmo como "auditor" (oyente) durante diez años,

despreciando y combatiendo la religión de su madre que consideraba como “leyendas de viejas”. (San Agustín, 1988: 12).

Finalmente, a instancias de Mónica, su madre, se convierte al cristianismo y se vuelve el acérrimo crítico y enemigo de la doctrina de maniquea.¹

Aurelio Agustín, obispo de Hipona, nacido en el año 354 d. C. en Tagaste, pasó la mayor parte de su vida en África del norte, perteneciente en ese tiempo al Imperio Romano, fue por tanto un romano de África. Tuvo la oportunidad de viajar a Ostia, a Milán y a Tréveris. Sus obras las redactó en latín. Conforme el Occidente latino y el Oriente griego se iban separando, la influencia de la teología agustiniana fue inmensamente mayor sobre el pensamiento occidental, tanto católico como protestante, que en el pensamiento oriental griego. A él se le considera el fundador del pensamiento occidental por su tendencia a la “teología positiva”, la cual hace uso de la razón para fundamentar una concepción del mundo estructurada y organizada lógicamente. Así pues, Agustín utiliza la filosofía como instrumento metodológico para emprender la búsqueda de la verdad. Una vez alcanzado lo más cercano a la verdad, a través de los medios meramente humanos, es cuando recurre a la revelación, y la utiliza como el siguiente nivel para acceder a la verdad. Dicha revelación está contenida en las Sagradas Escrituras, en la Biblia. Al final de todo este proceso epistemológico, vuelve a recurrir a la razón para edificar lo que él llama “teología revelada” sobre la base de la revelación. (Burton Russell, 1996: 125).

Agustín de Hipona basó su formulación teológica cristiana en el Nuevo Testamento, en los Padres y en los credos. Esta teología tradicional inicia con Dios

¹ Las profundas preocupaciones que tenía san Agustín respecto al problema del mal lo llevaron a ingresar al maniqueísmo. Aunque pudiera darse el caso de que, precisamente, en su paso por esta doctrina, haya adquirido esta preocupación. Lucienne Julien explica que los maniqueos, para lograr sus ideales, practicaban un modo de vida bien definido; su búsqueda iniciática comprendía cinco etapas: El profano entraba en la orden maniquea como oyente, y se le llamaba Hijo de la Inteligencia; sólo pasaba a otro grado cuando lograba asimilar plenamente las enseñanzas del primer estadio. La comprensión de las enseñanzas reservadas al oyente le permitían, después de haber asimilado bien cada etapa, convertirse en Predicador o Hijo del Secreto, Administrador o Hijo de la Razón, Servidor o Hijo del Saber. Estos tres estadios posibilitaban el acceso a un trabajo cada vez más esotérico. Finalmente, el sabio maniqueo alcanzaba el estadio de Instructor o Hijo de la Dulzura; los nombres de estos estadios dejan suponer que se trataba de etapas iniciáticas. Esta autora supone que es así como san Agustín, maniqueo en sus comienzos, permaneció durante nueve años como oyente y terminó por abandonar la orden, herido por su estancamiento, para volverse un enemigo irreductible de la religión de Manes, a quien combatió. (Julien, 1998: 33-34).

eterno y atemporal, que no tiene principio ni fin, ni causa alguna; es el Ser mismo, el Uno e Indivisible. El dinamismo de Dios se expresa en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. No son tres dioses, sino tres aspectos distintos del único Dios.

Este dinamismo de Dios se expande más allá de Él mismo, hacia el universo; éste no fue creado a partir de ninguna sustancia preexistente, ya que no había nada aparte de Dios de lo cual pudiera crearse. Dios crea el universo porque hacerlo está en su naturaleza y también para aumentar el total de la bondad existente. Con la finalidad de aumentar la bondad, crea seres provistos de libre albedrío, ya que sin él no puede haber ninguna opción moral por el bien.

Dios no existe en el espacio ni en el tiempo; éstas son propiedades del cosmos que Él crea. «Dios no hacía nada antes de que el universo existiera», esto lo afirma en Libro IX de las *Confesiones* 10, 12, en el apartado titulado *Análisis del tiempo contra los maniqueos*, ya que no había tiempo antes del cosmos. El cosmos existe desde siempre en su mente; en este sentido no tiene fin. Pero para las criaturas que habitan el mundo, el tiempo es distinto, tiene tanto un principio como un fin.

De acuerdo con esta teología, los primeros seres que Dios creó fueron los ángeles, criaturas inteligentes, a quienes concedió el libre albedrío. Después de su creación, los ángeles usaron su libre albedrío para efectuar una elección moral. La gran mayoría eligió amar a Dios y seguir sus preceptos; algunos, seducidos por Luzbel, eligieron poner su propia voluntad por encima de la de Dios. Estos ángeles fueron arrojados del cielo a causa de su pecado. Acto seguido, Dios creó el mundo material, incluyendo a los seres humanos, todo ello como lo relata el *Génesis*, a quienes otorgó también el don del libre albedrío. Luzbel, ahora convertido en Satán, envidioso de la felicidad de Adán y Eva, seres hechos de polvo, inferiores a él, los tentó. Cabe destacar que Satán de ninguna manera los obligó a pecar; ellos solos hicieron uso de su libre albedrío y cedieron a la tentación. Su pecado alejó a la humanidad de Dios y la hizo quedar bajo el dominio de Satán.

A partir del pecado original hasta la encarnación de Cristo, Satán gobernó el mundo. La venida de Cristo quebrantó su poder, restauró la libertad humana y abrió el camino para la reconciliación con Dios. Cristo y su comunidad enfrentan ahora una difícil lucha, pero al 'final de los tiempos' saldrán victoriosos contra el poder de Satán, que será definitivamente aniquilado con la segunda venida, cuando las cosas vuelvan a la armonía con Dios.

Esta es la teología cristiana que heredó san Agustín, la cual dejaba muchos problemas sin resolver, de los cuales el más importante era el problema del mal.

San Agustín manifestó un profundo interés en este aspecto; durante toda su vida se vio agobiado por este problema; a lo largo de toda su obra se encuentran partes dedicadas específicamente al asunto del mal. Para él, la idea del mal en el cosmos resultaba enigmática y se hacía muchos cuestionamientos al respecto: El universo existe desde siempre en la mente de Dios; nada que acontezca en el universo es desconocido para su Creador. ¿Entonces por qué introduce, o permite el mal en este universo armónico? Si Dios es el creador de todo cuanto existe, ¿es también creador del mal? Si Dios no es el autor del mal ¿por qué, siendo omnipotente permite que se cometan tantos males? Con palabras del propio san Agustín: "qué necesidad había de fabricar un mundo en que, para tormento de las almas, se incluyese el mal." (San Agustín, 1979: 749).

Parece ser que la respuesta a esta pregunta nos la proporciona la noción de Tiempo y Eternidad que sostiene san Agustín.

2.- San Agustín

Adentrémonos pues en el pensamiento de san Agustín para conocer los argumentos que plantea para tratar de responder a la interrogante ¿qué es el tiempo? Mediante el camino de la teología revelada, la cual está basada, como ya se mencionó, en las Sagradas Escrituras.

Al principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían el haz del abismo, pero el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas. Dijo Dios: «Haya luz»; y hubo luz. Y vio Dios ser buena la luz, y la separó de las tinieblas; y a la luz la llamó día, y a las tinieblas noche, y hubo tarde y mañana, día primero. (Génesis 1:1-5).

Las primeras líneas del *Génesis* hacen referencia al mito cosmogónico, que narra el principio del universo, de todo cuanto existe y, consecuentemente, hacen alusión al principio del Tiempo. Estamos hablando pues, de la explicación mítica del origen del tiempo, del tiempo que tiene una duración, del tiempo de las cosas físicas, creadas, las cuales discurren en el tiempo, son temporales y tienen un principio y un fin, es decir, todo lo que está inmerso en las coordenadas tempo-espaciales.

Así pues, Dios creó los cielos y la tierra, la luz y las tinieblas. Creó la hierba verde y los árboles frutales. Hizo también los dos grandes luminares, el mayor para presidir el día, y el menor para presidir la noche, y las estrellas; y los puso en el firmamento para alumbrar la tierra y presidir el día y la noche, y separar la luz de las tinieblas. Luego creó Dios todas las especies de animales, las aves del cielo, los animales de las aguas y las bestias y los reptiles de la tierra. Finalmente, el día sexto, Dios creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza. Y el séptimo día descansó de cuanto hiciera. (Génesis 1:5,11,16,25,27. 2:2).

De esta manera es como ha sido creado el universo material, asimismo, esta es la forma en como comienza a transcurrir el tiempo del mundo, el de los seres temporales y finitos.

Pero aquí aparece una de las tantas interrogantes que hace Agustín de Hipona a lo largo de su teología: “¿Que hacía Dios antes de crear el cielo y la Tierra? Porque si estaba inactivo -dicen- y no producía nada, ¿Por qué no estuvo siempre así y continuó estando, tal como *tuvo parada su obra* hasta entonces?” (San Agustín, 2010: 556). Dicha interrogante la plantea en su obra *Confesiones*, Libro 11, *Análisis del tiempo contra los maniqueos*.

Esto significa que no se puede comenzar a hablar del tiempo sólo a partir de la creación, sino que debemos remontarnos más allá, pero ¿se puede hablar de un 'más allá' cuando de lo que habría que hablar es de 'Tiempo eterno?'

Es factible, pues, considerar la noción de tiempo antes de la creación del mundo. Hay, entonces, dos clases de tiempo: el Tiempo Indiviso o Eterno, el cual es trascendente y cuyo atributo es la duración sin límites. Y el Tiempo de Larga Dominación, que está fundado sobre la sucesión de los instantes y que se habilita para ser el instrumento de Dios.

Aunque el ser humano, que está sujeto al tiempo que tiene una duración, difícilmente puede concebir lo Eterno, para lograr tal cosa sólo puede hacerlo por medio del uso de la analogía.

Para considerar al Tiempo Indiviso o Eterno es indispensable remitirnos a la noción de 'Verbo'. El Verbo es coeterno a Dios, es dicho eternamente y por quien eternamente se dicen todas las cosas. Porque no termina de decir lo que dice, para después decir otra cosa, de tal manera que puedan ser dichas todas; sino que simultánea y eternamente se dice todo. Ya que, de otra manera, esto sería ya el tiempo y el cambio, y no la verdadera eternidad.

Así, respecto a la diferencia entre el Tiempo que tiene Duración y el Tiempo Indiviso o Eterno, el primero, el tiempo largo, si no estuviera hecho de múltiples movimientos que pasan y no se pueden extender simultáneamente, no sería largo, y que en lo eterno, por el contrario, nada pasa, sino que todo está presente todo entero, mientras que ningún tiempo (finito) está presente todo entero; en tanto que todo pasado viene empujado por un futuro y que todo futuro viene detrás de un pasado, y que todo pasado y todo futuro son creados y fluyen por aquello que siempre está presente; mientras que la eternidad estable compone los tiempos futuros y los tiempos pasados, sin ser ella ni futura ni pasada.

Dios es el operario de todos los tiempos, por lo demás, no es en el tiempo en donde Él precede a los tiempos, de otra forma no precedería a todos los tiempos. Pero precede a todos los tiempos pasados, según la altura de su eternidad siempre

presente. Y sobrepasa todos los tiempos futuros, porque son futuros y, ya que han llegado, serán pasados; mientras que Dios es idéntico a sí mismo y sus años no se desvanecerán.

La trascendencia de la eternidad divina con relación al tiempo no es según el modo de la anterioridad, sino según el modo de la excelencia; es la trascendencia de un presente sin comienzo ni término con relación a un tiempo en el que el presente se desvanece en pasado sin contener el futuro. En relación con esto, san Agustín argumenta:

Ni van ni vienen tus años; los nuestros van y vienen para que puedan venir todos. Tus años subsisten todos simultáneamente, porque subsisten; no van, excluidos por los que vienen, porque no pasan. Los nuestros, en cambio, existirán todos, cuando todos dejen de existir. Tus años son un sólo día, y tu día no es el día cotidiano, sino el "hoy", porque tu "hoy" no cede el lugar a un "mañana", ni sucede a un "ayer". (San Agustín, 1991: 193).

El 'hoy' de Dios es la eternidad. Todos los tiempos lo hizo Él y antes de todos los tiempos era Él; y no hubo tiempo alguno en el que no hubiera tiempo. "Yo soy el Alfa y el Omega, dice el Señor Dios; el que es, el que era, el que será, el Todopoderoso." (Apocalipsis 1:8).

Y volviendo al comienzo del tiempo real, en el principio hizo Dios el cielo y la tierra, es decir, en el comienzo mismo de su acción y de su obra, en su Verbo, coeterno con él, hizo Dios todo el conjunto de la mole de este mundo corporal, con todas las naturalezas manifiestas y bien conocidas que éste contiene. Igualmente les asignó un tiempo, una duración; un principio y un fin. Asimismo, le asignó un periodo de tiempo al género humano en el mundo, lo mismo que al poder del Mal.

Surge al paso otra pregunta. ¿Cuál es la causa de que Dios haya creado al mundo? y otra más: ¿Por qué a todo lo creado se le concede solamente un periodo de tiempo determinado?

Con el Tiempo de Larga Dominación, Yahvé, que es esencialmente un Dios creador, da su duración y su límite al mundo, igual que se los da al Mal, que no depende en absoluto de Él, pero al cual Él es superior y sobre el cual tiene dominio,

precisamente gracias al tiempo que permite asignarle un término. El tiempo sirve para «agotar» el mal que Él mide por lo mismo.

No se debe olvidar que la causa del origen del mundo, del universo material, es la lucha entre el espíritu del Bien y el espíritu del Mal, en tanto que el espíritu del Mal adquiere una especie de autonomía, se le asigna un periodo de semivictoria para ser vencido 'al final de los tiempos'. La dependencia del espíritu del Mal se manifiesta solamente en tanto que el espíritu del Bien conoce por adelantado, omnisapientemente, sus perversos proyectos, sabe asignarle límites y fija libre y juiciosamente el momento de la derrota final (la cual se menciona en el Apocalipsis). Este tiempo asignado es 'Tiempo de Larga Dominación'.

Así pues, este tiempo finito representa la sucesión de los acontecimientos, el del desgaste de los entes, el de su transformación, el tiempo que lo devora todo, y va consumiendo poco a poco a todos los seres existentes y en el caso del ser humano, le provoca la vejez, las enfermedades, la invalidez, la decrepitud y la muerte.

Este tiempo que tiene una duración y consecuentemente un fin, este Tiempo de Larga Dominación es el 'Tiempo de la Creación'.

Pero no se olvide que hay otro tiempo: 'El Tiempo de la Creación antes de la Creación'. Éste corresponde al Tiempo en que la tierra era una masa informe, invisible y en completo Caos y las tinieblas se cernían sobre el abismo, esto es, había ya cierta informidad, materia de la que hizo Dios posteriormente el cielo y la tierra.

Mas la tierra era invisible e inorganizada y las tinieblas estaban sobre el abismo, esto es, todo el conjunto que fue llamado "cielo y tierra", era la materia todavía informe y tenebrosa, de la cual serían hechos el cielo corpóreo y la tierra corpórea, con todo lo que hay en ellos de asequible al conocimiento de los sentidos corporales. (San Agustín, 1991: 217).

Como podemos percatarnos, esto no se menciona en la Biblia, lo mismo que muchos otros acontecimientos precósmicos, un ejemplo de ello es, cómo, por medio de su Verbo, el Padre Omnipotente formó la Jerarquía Celestial en la que se encuentran todos los Espíritus del cielo, también llamado los Nueve Coros: la Triada superior, conformada por los Serafines, los Querubines y los Tronos; la Triada intermedia,

compuesta por las Dominaciones, las Virtudes y las Potestades y, finalmente, la Triada inferior, que corresponde a los Principados, a los Arcángeles y a los Ángeles. Los ha coronado de su Gloria y queda de manifiesto que a todas estas entidades celestiales las hizo Dios en este tiempo al que se le denomina de la 'Creación antes de la Creación'. Porque Dios en este periodo crea a los entes inmateriales, incorpóreos, y por lo mismo, por el hecho de ser creados, no son coeternos a Él, sin embargo, sí poseen el atributo de la eternidad. Así pues, La creación de estos seres y de todo lo mencionado anteriormente se realizó antes de la creación del Cosmos.

Justamente por eso llamamos a este tiempo, el de la 'Creación antes de la Creación', Así pues, la creación de estas entidades angelicales y de todo lo mencionado anteriormente se realizó antes de la creación del universo.

Otro acontecimiento de gran importancia que se llevó a cabo antes de la creación de este mundo es, como ya se mencionó, la lucha del espíritu del Bien contra el espíritu del Mal, y precisamente es esta lucha la causa de la creación del universo.

Cuando aún no existía este mundo, el Caos informe reinaba donde ahora giran los cielos, y donde permanece ahora la tierra en equilibrio sobre su centro; un día (porque hasta en la eternidad, el tiempo aplicado al movimiento mide todas las cosas que tienen alguna duración por el presente, el pasado y el futuro), los ejércitos celestiales de ángeles fueron llamados por su Soberano, los cuales se reunieron en número incalculable ante el trono del Omnipotente; estaban presentes todas las legiones y el Padre Infinito les comunicó el siguiente decreto: "Voy a promulgar un decreto de Yahvé. Él me ha dicho: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy.» (Salmos 2:7-8). La frase «'Hoy' he engendrado a mi único Hijo», no se refiere a un día determinado, recuérdese que estamos en el tiempo de la eternidad, sino que significa la eternidad del Verbo, por cuanto ésta es toda ella el día presente de Dios. Todas las potestades escucharon este decreto irrevocable. El Hijo les fue designado como su jefe y tenían que reconocerlo como su Señor y todas las rodillas se doblarán en el

cielo ante Él. Se les dijo que quien desobedece al Hijo, también desobedece al Padre; y el que así lo hiciera será arrojado de la presencia de Dios y de la contemplación de la bienaventuranza, y caerá en las tinieblas exteriores, y ahí permanecerá sin redención y sin fin.

Así habló el Todopoderoso; todos parecieron quedar satisfechos con estas palabras, pero no todos lo estaban.

Las legiones angélicas se dispersaron y permanecieron en reposo. Pero a diferencia de Gabriel, de Miguel, de Rafael, de Uriel y todos los demás integrantes del penúltimo nivel de los Nueve coros, Luzbel, el primer arcángel, grande en poder, en favor, en preeminencia, no reposaba con ellos; se vio dominado por la envidia hacia el Hijo de Dios. Decidió retirarse con todas las legiones de ángeles y menospreciar el Trono Supremo. Reunió a los jefes de todos esos millares de ángeles que estaban bajo sus órdenes, les habló y los convenció de su igualdad con Dios y corrompió su integridad. Y así nació la rebelión para usurpar el trono de Dios. En este punto san Agustín se hace otra desconcertante interrogante. Si en la Jerarquía Celestial reinaba la Bienaventuranza, la Paz y la Armonía, todos los que habitaban en los Nueve coros se caracterizaban por su bondad, por qué Lucifer experimentó la envidia y la soberbia, sentimientos que era imposible que habitaran en la Jerarquía Celestial, el obispo de Hipona se plantea la duda de la siguiente manera:

Si el diablo es el autor del mal, ¿quién fue el que le hizo a él? Porque si él mismo por su mala y perversa voluntad, de buen ángel que era, se hizo y se mudó en demonio, ¿de dónde vino a él esa mala voluntad con la cual se hizo demonio, supuesto que todo él fue criado bueno por el Hacedor de todas las cosas, que es infinitamente bueno? (*Confesiones* VII, III, 4). (San Agustín, 2010: 340).

Así pues, en este tiempo de la Creación antes de la Creación efectiva de los seres materiales, se escenifica una batalla de entidades espirituales. Dios envía a sus legiones a combatir a Luzbel, (cuyo nombre ha cambiado a Satán, que significa el Adversario de Dios) y a sus ángeles, portador del Mal, del Mal desconocido y sin nombre hasta su rebelión, quien ha osado turbar la dichosa paz del cielo. Las legiones de Dios son invencibles, y sus enemigos, incapaces de resistirles, son

perseguidos hasta los límites del cielo, que se entreabre, y los rebeldes son precipitados hacia abajo, envueltos en horror y confusión, hasta el lugar del castigo que les estaba reservado en el abismo. De esta manera Satanás y sus ángeles quedan sumergidos en un lago de fuego, el cual no está en el centro del mundo, ya que el cielo y la tierra no existían aún, sino en un sitio de extrañas tinieblas, más conocido con el nombre de Caos. (Milton, 1997: 9).

De este acontecimiento encontramos esta referencia en el Antiguo Testamento:

¿Cómo caíste del cielo,
lucero brillante, hijo de la aurora,
echado por tierra al dominador de las naciones?
Y tú decías en tu corazón:
Subiré a los cielos;
en lo alto, sobre las estrellas del cielo, elevaré mi trono
y me asentaré en el monte de la asamblea,
en las profundidades del aquilón.
Subiré sobre las cumbres de las nubes,
y seré igual al Altísimo.
Pues bien, al *seol* has bajado,
a las profundidades del abismo. (Isaías 14:12-15)

Desde las profundidades del Caos, yaciendo en el polvo y con el ánimo y las alas rotas, esa tercera parte de ángeles caídos queda totalmente triste, humillada y desmoralizada. Más el orgullo de Satanás permanece incólume, se siente responsable por los ángeles a los que sedujo, y siente la obligación de inyectarles ánimo y coraje. Los hace que tomen conciencia de que el paraíso está perdido para siempre, al cual nunca jamás podrán regresar, y los convence de que el infierno es el que se

encuentran ahora será su nuevo hogar. Convoca a sus huéspedes y los alienta con el siguiente discurso:

¡Adiós, campos afortunados, donde existe una felicidad eterna! ¡Salud horrores! ¡Salud, mundo infernal! Y tú, profundo invierno, recibe a tu nuevo señor, que llega a ti con un ánimo que no podrán cambiar el tiempo ni el lugar. El espíritu lleva en sí mismo su propia morada y puede en sí mismo hacer un cielo del infierno o un infierno del cielo. [...] aquí podemos reinar con seguridad, y, según mi parecer, reinar es digno de ambición, aunque sea en el infierno; vale más reinar en el infierno que servir en el cielo. (Milton, 1997: 14).

Después de haber expulsado Dios del cielo a Satanás y a sus ángeles, tiene que reestructurar la Jerarquía Celestial que queda resquebrajada, fragmentada e incompleta, se propone a realizar una idea que tenía concebida, como todas las de Él, omnipresentemente, la de crear otro mundo y otras criaturas destinadas a habitarlo. Como ya se mencionó anteriormente, lleva a cabo en seis días la obra de su creación. Hay un mito que explica que la razón por la cual Dios crea a los seres humanos es para sustituir a esa tercera parte de ángeles caídos, seducidos por Satanás, para que la Jerarquía Celestial vuelva a recuperar su plenitud y perfección. Por ello crea a la primera pareja humana y les pide que crezcan y se multipliquen y pueblen la tierra; dicha procreación se detendrá hasta que sea sustituido por un ser humano el último de los ángeles caídos.

Satanás sabe que con su rebelión no sólo ha perdido su lugar en la Jerarquía Celestial, sino que también perdió la eternidad, y que ahora está inmerso en el 'Tiempo de Larga Dominación', y que su existencia temporal va a llegar a su fin. Toma conciencia de que el paraíso perdido es irrecuperable, y que es totalmente vano arrepentirse y obtener la gracia y volver a su primitivo esplendor. Él sabe que jamás podrá ser perdonado al pretender ser igual al Altísimo, por ello, reflexiona para sí mismo lo siguiente:

Jamás puede renacer una verdadera reconciliación allí donde las heridas de un odio mortal han penetrado tan profundamente. [...] Harto lo sabe el que me castiga, y por lo mismo está tan lejos de concederme la paz como yo de mendigarla. Alejada de mi toda esperanza, en lugar de nosotros, arrojados, proscritos, ha creado al hombre, su nueva delicia, y para el hombre, este mundo. Así, pues, ¡Adiós esperanza, y con la

esperanza, adiós temor, adiós remordimientos! Puesto que todo está ya perdido para mí ¡oh, Mal!, se mi único bien. (Milton, 1997: 64).

3.- Satán

Satanás, presa del rencor y sediento de venganza, averigua el sentido de la profecía o la tradición del cielo con respecto a un mundo destinado a una especie de criaturas inferiores a los ángeles y que debía crearse por aquel tiempo.

A partir del inicio de la creación, tal como se narra en los primeros capítulos del *Génesis*, comienza el "Tiempo de Larga Dominación", o bien, el tiempo del mundo, el que discurre, el que tiene un principio y un fin; pero de ninguna manera se excluye el "Tiempo Indiviso y Eterno".

Ya habitando el primer hombre y la primera mujer en el Paraíso, Satanás acude para lograr su perdición. El Eterno, desde lo alto de su trono, ve volando a Satanás hacia el mundo apenas creado; sabe con anticipación que el hombre será culpable, pero no se acusa por ello, ya que ha creado al hombre libre y capaz de resistir la tentación, aun así, sabe que será culpable, y que tendrá que expulsarlo del Paraíso y condenarlo a la finitud, es decir, le asigna un tiempo determinado a su vida, lo vuelve finito, lo condena a la muerte.

Como lo narra el *Génesis*, Satanás, empeñado en echar a perder los planes de Dios, toma la forma de serpiente, se acerca a Eva y la incita a desobedecer el mandato divino de no comer del fruto del árbol del conocimiento y del árbol de la vida, la convence de que, si prueban dicho fruto, serán como dioses, conocedores del bien y del mal. La mujer come y comparte la fruta con su marido, esta acción representa la victoria de Satanás y la condena de la humanidad al ser arrojada a un mundo material dominado por el tiempo, el mal, el sufrimiento y la muerte. Dios no

tarda en vociferar su maldición, primero maldice a la Serpiente o al Dragón antiguo;² a la mujer la maldice con estas palabras:

«Multiplicaré tus dolores y tus preñeces;

parirás con dolor los hijos

Y buscarás con ardor a tu marido,

Que te dominará».

Al hombre le dijo: «Por haber escuchado la voz de tu mujer, comiendo del árbol que te prohibí comer, diciéndote no comas de él:

Por ti será maldita la tierra;

Con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida;

Te dará espinas y abrojos

Y comerás de las hierbas del campo.

Con el sudor de tu rostro comerás el pan

Hasta que vuelvas a la tierra,

Pues de ella has sido tomado;

Ya que polvo eres, y al polvo volverás». (Génesis 3: 16-19).

El Todopoderoso, en su justicia divina, exige una satisfacción, pues ya que el hombre a ofendido a la Majestad Suprema al aspirar igualarse a ella, debe morir con toda su posteridad, a menos que haya alguno que, siendo capaz de expiar la ofensa del hombre, sufra su castigo. El Hijo de Dios se ofrece a ello voluntariamente; el Padre lo acepta, consiente en su encarnación, y declara que será exaltado sobre todos en la tierra y en el cielo. También esto, Dios, en su omnisapiencia, lo sabía anticipadamente, y asigna un tiempo determinado para la llegada del Masías y realizar la redención.

² Los antiguos creían que la serpiente tenía patas y que era semejante al dragón. Ésta pierde sus patas y es condenada a arrastrarse con su vientre después de ser maldecida por Dios. En el Apocalipsis se la nombra de ambas formas: “Fue arrojado el dragón grande, la antigua serpiente (es decir, la serpiente que aún tenía patas), llamada Diablo y Satanás, que extravía a toda la redondez de la tierra, y fue precipitado en la tierra, y sus ángeles fueron con él precipitados.” (Apocalipsis 12, 9). (Straubinger, 1951: 22).

En cuanto a todos los seres humanos que se encuentran en el mundo material temporal debido a la caída, al pecado original, a la desobediencia de Adán y Eva y son condenados a la muerte y la destrucción, como lo había prometido, el Hijo de Dios se ofrece voluntariamente a descender a este mundo material, al del 'Tiempo de Larga Dominación'; Dios consiente en ello y acepta la encarnación de su único Hijo bien amado, con la intención de salvar el mayor número de almas posibles.

La encarnación de Cristo consiste en que el hijo de Dios, de encontrarse en el 'Tiempo Indiviso y Eterno', descienda, por decirlo de alguna manera, al 'Tiempo de Larga Dominación', en dar el paso de la Eternidad a la Temporalidad, durante el cual trae el Evangelio, la Buena Nueva en la que predica a los hombres el camino de la salvación.

También con su encarnación, crucifixión, muerte y resurrección, y con su sangre derramada, paga el precio para abrir las rendijas del infierno y liberar a todos los que se encuentran reclusos allí. Después, por medio de su ascensión, dejará el 'Tiempo de Larga Dominación' y se elevará al 'Tiempo Indiviso y Eterno'. De esta manera sólo queda pendiente la Parusía, que es en la que la mayoría de los mortales depositan su fe.

De la misma forma, le asigna un tiempo determinado al poder del mal; durante este periodo de tiempo Satanás tendrá la libertad para tentar, seducir, y convertir a su causa a la mayor cantidad posible de seres humanos, el cual lo seducirá con todos los placeres y posesiones efímeras y el poder de este mundo, a excepción de mil años, durante los cuales será encadenado.

Vi un Ángel que descendía del cielo, trayendo la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Tomó al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo, Satanás y le encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo y cerró, y encima de él puso un sello para que no extraviarse más a las naciones hasta terminados los mil años, después de los cuales será soltado por poco tiempo. (Apocalipsis 20:1-3)

Pasados esos mil años, será liberado por un breve tiempo, el suficiente para que se realice la consumación de los tiempos, la batalla final y el Juicio Universal. Por ello a este lapso se le llama 'Tiempo de la Larga Dominación'.

Así, durante el tiempo terrestre se irán cumpliendo una a una todas las profecías, hasta llegar a las del Apocalipsis. Las profecías mencionadas en el Libro de las Revelaciones no son otra cosa que las señales de la consumación de todos los tiempos, señala el fin del Tiempo de Larga Dominación.

Revelación de Jesucristo, que para instruir a sus siervos sobre las cosas que han de suceder pronto ha dado a conocer por su ángel a su siervo Juan, el cual da testimonio de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo sobre todo lo que él ha visto. Bienaventurado el que lee, y los que escuchan las palabras de esta profecía, y los que observan las cosas en ella escritas, pues el tiempo está próximo. (Apocalipsis 1:1-3)

Una vez que hayan terminado los mil años, Satanás será liberado de su abismal prisión, y saldrá a extraviar a las naciones que habitan en los cuatro polos de la tierra, y las reunirá para la guerra y sus ejércitos serán innumerables. Tratarán de sitiar la ciudad santa, la Nueva Jerusalén, campamento de los santos. Pero no sólo no lograrán sus propósitos, sino que serán exterminados.

Cuando se hubieren acabado los mil años, será Satanás soltado de su prisión y saldrá a extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la Tierra, a Gog y a Magog, y reunirlos para la guerra, cuyo ejército será como las arenas del mar. Subirán sobre la anchura de la tierra y cercarán el campamento de los santos y la ciudad amada. Pero descenderá fuego del cielo y los devorará. El diablo, que los extraviaba, será arrojado en el estanque de fuego y azufre, dónde están también la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. (Apocalipsis 20:7-10).

De esta manera será exterminado el 'Tiempo de la Larga Dominación', el tiempo terrenal, ya que el universo material con todo lo que contiene y con todos aquellos condenados de los que no se encontró su nombre escrito en el Libro de la Vida, Junto con Satanás y sus ángeles caídos, arderán en el fuego eterno. Estos seres atormentados día y noche y por los siglos de los siglos, se encontrarán en el plano del Tiempo Indiviso y Eterno, ya que el Tiempo de Larga Dominación terminó con el fin de los tiempos, y lo único que permanecerá será la eternidad y no la temporalidad.

4. Conclusión

Después de todo lo analizado anteriormente, podemos concluir que Agustín de Hipona plantea una íntima relación entre el tiempo y el problema del mal. Debido a su omnipotencia, Dios bien podría haber redimido a Adán y a Eva, quizá les hubiera perdonado la desobediencia y la condena a la muerte inmediatamente después de la caída, y no los hubiera maldecido y expulsado del jardín del Edén para que anduvieran de errabundos hasta que se volvieran al polvo y la ceniza de donde fueron sacados; y Cristo pudo haber sido enviado en ese instante para permitir su redención. El hecho de que Dios permitiera que transcurriera determinado tiempo entre la caída de Adán y Eva y la primera venida de Cristo a la tierra mediante el bautismo de Juan en el Jordán, y que hubiera redimido a la humanidad a través de su sufrimiento, crucifixión y muerte; y que dejara pasar un largo tiempo, que aún discurre, antes de la parusía, antes de la segunda venida de Cristo, permite ver claramente que utilizó el tiempo con un claro propósito, el de preparar a la humanidad para que tuvieran la oportunidad de reconocer y aceptar a Cristo como su salvador. Así, el paso del tiempo entre la primera y la segunda venida del Mesías tendría como objetivo lograr que la mayor cantidad de individuos posible conozcan y acepten a Jesucristo como su Salvador y que se reconcilien con Dios antes del final de los tiempos.

En cuanto a la interrogante Acerca de la existencia del mal, del dolor y del sufrimiento en el mundo, de acuerdo con san Agustín:

son actos de la misericordia de Dios para enseñarnos la sabiduría, la humildad y la bondad que necesitamos para superar nuestra alienación y ayudar a Dios a construir una comunidad cristiana. Como el dolor es parte del proceso de aprendizaje que prepara el camino hacia Dios, él permite que los demonios aflijan a los seres humanos -aún a los niños- con tentaciones y sufrimiento. (Burton Russell, 1996: 128).

Desde la perspectiva de Aurelio Agustín, La muerte, originada por la caída original, y todos los males de este mundo, los trabajos, los dolores, los sufrimientos, las miserias y todas las penalidades subsisten para darle la oportunidad al hombre de

luchar por la verdad y ejercitar la virtud de los creyentes. Los males de este mundo sirven para que el hombre aprenda el camino de la virtud y busque una nueva vida; sirven para que soporte la miseria merecida por su vida culpable, y espere con humildad el fin de ésta, aguardando mientras tanto con fidelidad y paciencia la bienaventuranza de la vida eterna. En su obra *De la Santísima Trinidad*, nos deja claro lo expuesto anteriormente:

Sobrellevados con espíritu de piedad por los fieles, son muy útiles estos males para enmienda de los pecados, ejercicio y probación de la justicia, demostración de las miserias de esta vida, y para que con mayor ardor se desee y se busque con más afán aquella vida cuya felicidad es verdadera y eterna. (San Agustín, 1970: 475).

Una última reflexión inspirada por san Agustín ya mencionada anteriormente: ¿Qué hacía Dios antes de hacer el cielo y la tierra? Si estaba desocupado y no hacía ningún trabajo, ¿por qué no se abstuvo de trabajar siempre después, como se abstuvo siempre antes?

Si Dios es Pleno, Omnisciente, Omnisapiente, Omnicomprensivo, Todopoderoso, es la Trascendencia Suprema, se basta a Sí mismo, estaba desocupado y no hacía absolutamente nada porque no tenía necesidad de hacer absolutamente nada, como dice el obispo de Hipona, por qué no se abstuvo eternamente de no hacer nada, y de esa manera, como bien se lo pregunta Job: “¿Por qué no fui escondido como abortivo, como los pequeñitos que nunca vieron la luz?” (Job 3:16) y de esta manera, hubiera podido habernos evitado, tanto a los ángeles como a los humanos, tanto dolor, tanto sufrimiento y tanta miseria.

Finalmente, en su continua disputa contra los maniqueos, los cuales en su doctrina explican una doble doctrina, la de las Dos raíces o Principios (El del bien y del mal), y la de los Tres Tiempos o Momentos, los cuales son el momento anterior o pasado, en el que estaban separados estos dos principios; el momento medio o presente, en el que se mezclan el principio del bien y del mal, de la luz y las tinieblas, es en el momento en que se lleva a cabo la creación del universo y de la humanidad; finalmente, llegará el momento posterior o futuro (final), el cual consiste en la separación perpetua entre los principios de luz espíritu y mal materia. San Agustín

deja claro, en contra de la postura maniquea, que Dios no puede estar inmerso en ningún tiempo o momento, sino que Él es trascendente a todo tiempo o momento. En contra de Mani, que habla con mucha sapiencia acerca del tiempo, éste responde:

He aquí lo que respondo a quien dice: «¿Qué hacía Dios antes de hacer el cielo y la Tierra?». No respondo aquello que se cuenta de uno que eludiendo jocosamente la violencia de la pregunta: «Preparaba infiernos -dijo- para quienes escudriñan asuntos elevados». Una cosa es ver y otra reír. Esto no se lo respondo, sino preferiría responder: «No sé lo que no sé». (San Agustín, 2010: 558).

Y confíesote, Señor, que ignoro todavía lo que es el tiempo y, en cambio, te confieso, Señor, que sé que digo estas cosas en el tiempo, y ya que hace mucho tiempo y que ese mismo “hace mucho” no es “hace mucho” más que por la duración del tiempo. (San Agustín, 1991: 560).

Referencias.

- Agustín de Hipona, San. (1970). *Obras completas*. Victorino Capanaga (prep.) Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín, San. (2020). *Confesiones*. Alfredo Encuentra Ortega (trad.) Madrid: Gredos.
- Agustín, San. (1988). *Tratados*. M. Sobrino - M. Beuchot (intro.) México: S.E.P., (Colección Cien del mundo).
- Agustín, San. (1991). *Confesiones*. México: Porrúa.
- Biblia*, (1985) Nacar y Colunga (trads.) Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Burton Russell, J. (1995). *El Príncipe de las Tinieblas. El poder del mal y del bien en la historia*. Oscar Luis Molina S. (trad.) Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Straubinger, J. (1951) (trad.) *El Antiguo Testamento I*. La Plata: Editorial Imprimatur.
- Julien, Lucienne. (1998). *La increíble odisea de los cátaros*. Flavia Puppo, (trad.) España: Tikal ediciones.
- Milton, John. (1997). *El paraíso perdido*. Madrid: Planeta-DeAgostini.
- Vitiello, Vincenzo. (1999). *Cristianismo sin redención. Nihilismo y religión*. Miguel Ramos Sánchez (trad.) Madrid: Trotta.
- Muñoz Alonso Gemma, et. al. (1988). *Historia del pensamiento filosófico. Filosofía antigua*. Volumen 1, Madrid: Sarpe.